

CHELENKO

LAS MIL Y UNA CARAS DE
UN LAGO PATAGÓNICO



Este libro electrónico se abre en el modo "pantalla completa," sobre fondo negro sin otros menús.

Para pasar de una página a otra, se utiliza las flechas del teclado.

En un iPad, dé simplemente un golpecito al borde de la página, o resbale sus dedos sobre la pantalla.

CHELENKO

LAS MIL Y UNA CARAS DE UN LAGO PATAGÓNICO

LINDE WAIDHOFER

CHELENKO

LAS MIL Y UNA CARAS DE UN LAGO PATAGÓNICO



LINDE WAIDHOFER



WESTERN EYE PRESS



C H E L E N K O

ESTE ES EL LAGO al fondo del arco iris. O quizá el lago donde nacen los arco iris. Es el lago Chelenko. No vas a encontrarlo en el mapa, en ningún mapa. Pero sí, existe. De veras. El más bello lago del cual nunca has escuchado. Su nombre es un enigma. Chelenko es una palabra indígena. Algunos dicen que Chelenko quiere decir “lago de temporales”, mientras que otros piensan que Chelenko es un término indígena que se transformó en la palabra española “chulengo”, nombre de la cría de los guanacos, esos primos de las llamas de los Andes del norte que vagan por la estepa abierta y seca de la Patagonia. Pero como el nombre mismo de la Patagonia, los antecedentes de este nombre quedan en la oscuridad.

El lago Chelenko es el segundo lago más grande en Sudamérica, después del lago Titicaca entre Perú y Bolivia—segundo solo en su tamaño, no en su belleza, no en su misterio. Así como el lago Titicaca, nuestro lago conecta dos países, Chile y Argentina. Tal vez sería más exacto decir “separa” y no “conecta”, por cuanto una historia obstinada de nacionalismo latinoamericano ha mantenido al mundo en la ignorancia acerca de este magnífico lago. ¿Por qué? Porque cada país ha dado a su mitad del lago un nombre único y patriótico. La mitad oriental, argentino, se conoce bajo el nombre de lago Buenos Aires—no es una sorpresa. La mitad

chilena, al oeste, es designada en los mapas oficiales como lago General Carrera. ¿Quién era ese general? Aparentemente un héroe de la lucha chilena por la independencia de España. Aquí encontramos el firme agarro del pasado sobre la imagen propia de la América Latina, sobre su búsqueda del presente.

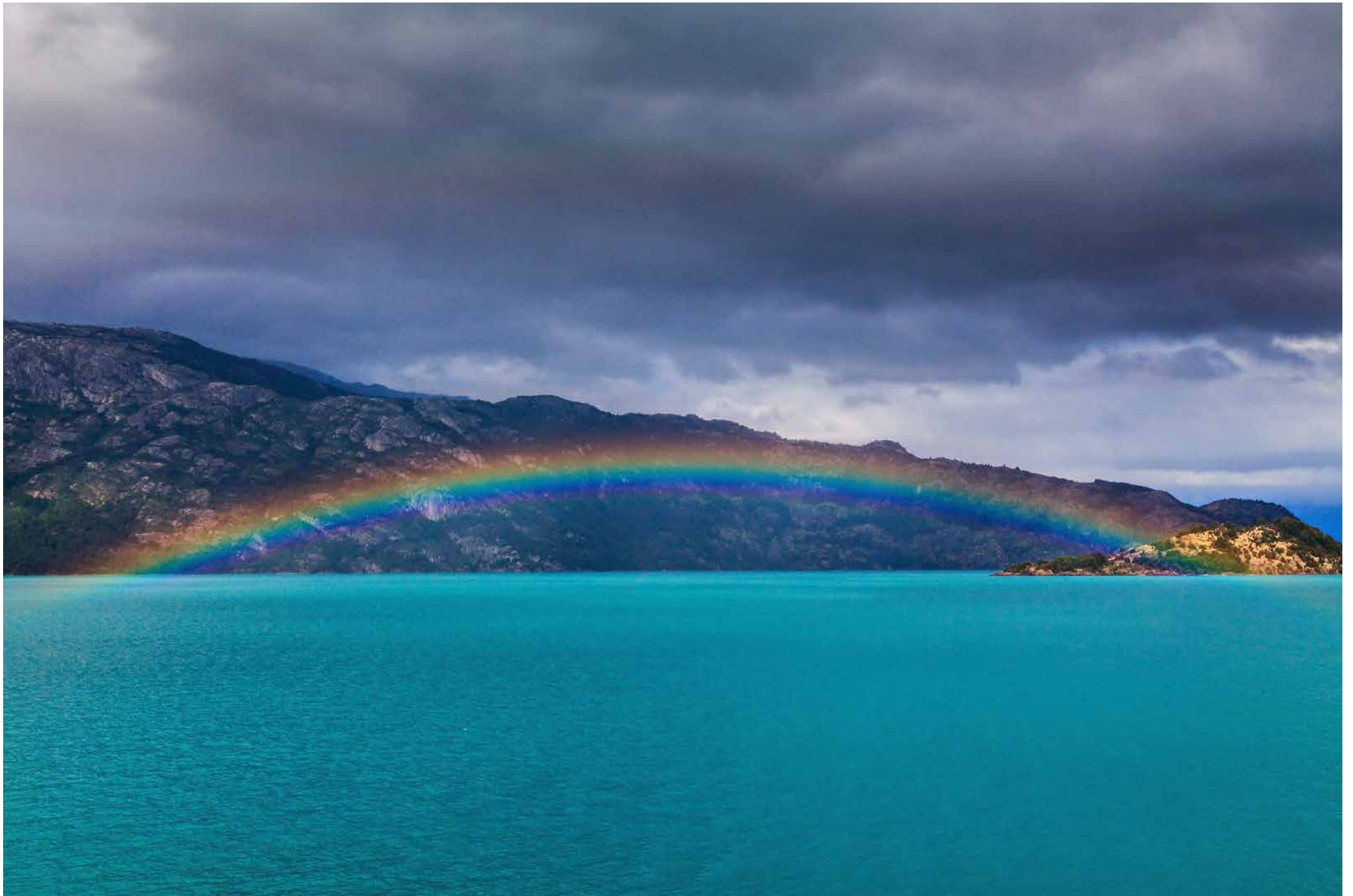
¿Y qué decir de Chelenko? No sabemos, nadie sabe, si la primera gente en la región, los Tehuelches, llamaban este lago “Chelenko”. Pero hoy en día, muchos jóvenes patagones lo llaman así—tal vez un acto de rebelión, un gesto quijotesco, pero que tiene cierto sentido, que lleva un mensaje, una decisión de ver las cosas como son, y de hablar de una cierta realidad. Hemos visto mapas y cartas ruterías de ambos lados de la frontera que pretenden que el otro lado, el otro país, no existe. En estos mapas Chile figura en papel blanco. O la Argentina se ve simplemente como un vacío. No es verdad, nunca fue, nunca será. Este lago, el lago Chelenko, es un solo lago, no dos fragmentos geopolíticos cosidos en la frontera, sino un solo lago, vasto y lindo. Un lago que domina y define el paisaje, el clima y la vida de la Patagonia central y norte. Es igualmente importante para Argentina y para Chile.

El lago Chelenko es un lago del cual uno puede enamorarse. A nosotros nos sucedió eso. Este libro es una declaración de esta pasión y nuestra manera de compartirla.

Ven con nosotros.



El cordón Cristal detrás de la isla Macías.



Un arco iris atraviesa el brazo norte del lago Chelenko.



CHELENKO

FOTOS: LINDE WAIDHOFER

TEXTO: LITO TEJADA-FLORES

- 7 AMANECER
- 11 EL CIELO DEL LAGO
- 18 AGUA PURA Y TRANSPARENTE
- 25 LA RIBERA DEL LAGO
- 36 MEDIODÍA
- 42 ALREDEDOR DEL LAGO
- 60 RODEADO DE CUMBRES
- 67 UNA FANTASÍA DE MÁRMOL
- 76 TEMPORALES DE UNA TARDE
- 82 ATARDECER
- 89 EPÍLOGO

A M A N E C E R

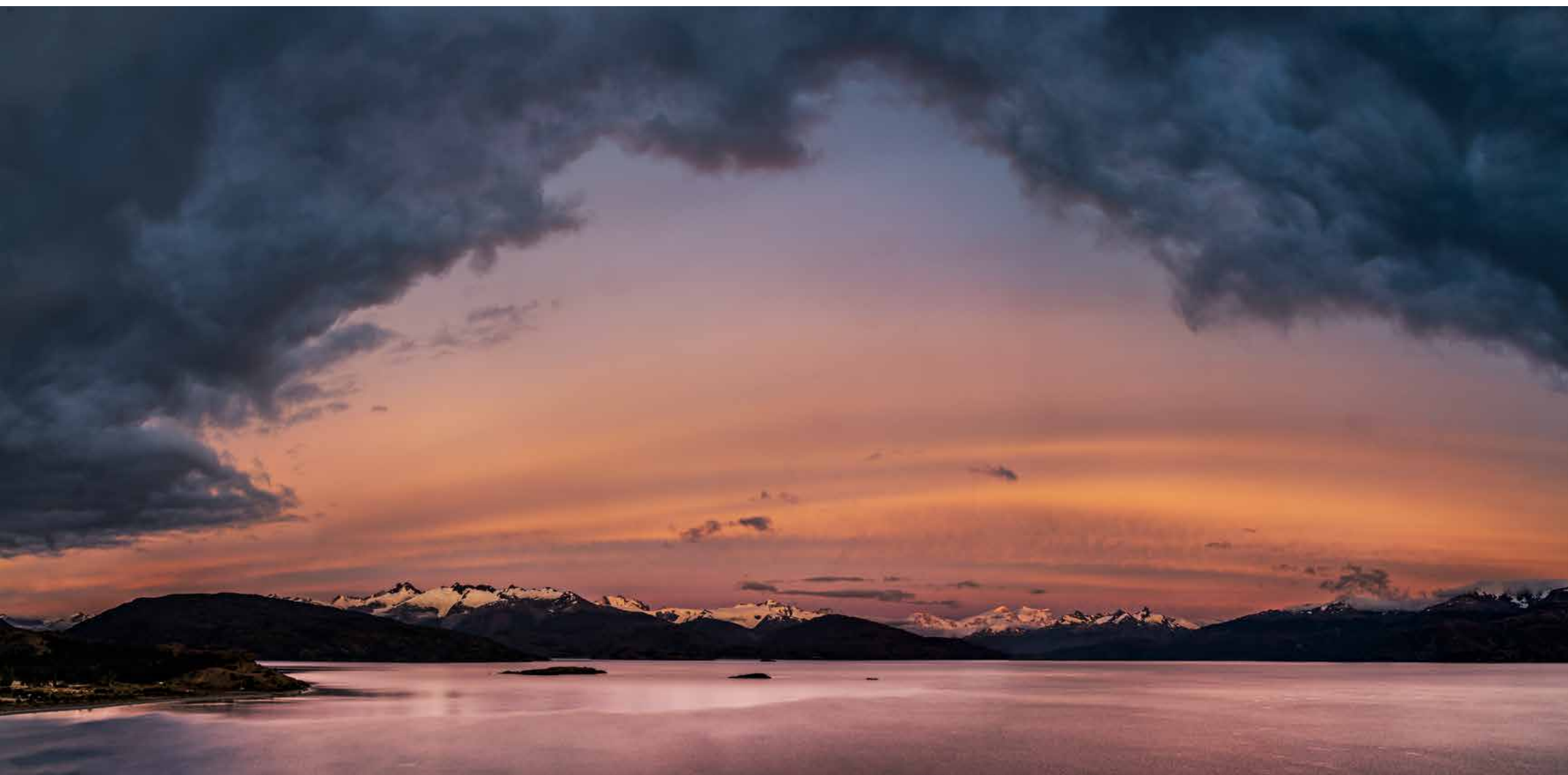


La puesta de la luna al amanecer, mirando hacia el oeste y los picachos del Campo de Hielo.

En el lago Chelenko uno se despierta cada mañana con una pregunta urgente: ¿Ahora qué? ¿Qué va a pasar? ¿Qué colores? ¿Qué nubes? ¿Qué nueva sorpresa? ¿En qué dirección mirar? ¿Al oriente, hacia Argentina, donde el horizonte pueda ser un laberinto de nubes que el sol atravesase zigzagueando para poner el cielo en llamas? ¿O hacia el oeste donde las nubes pálidas encima de los campos de hielo devuelvan la primera luz al agua tenebrosa? ¿O al norte, donde los chubascos dispersos produzcan los primeros arco iris del día? Una mañana más, loca e inolvidable—



La primera luz sobre el Monte San Valentín, con una nube lenticular solitaria flotando encima del lago.



La primera luz bajo una carpa de nubes oscuras, mirando hacia el oeste.



Un amanecer ardiente, mirando hacia el oeste.

EL CIELO DEL LAGO



Vista hacia el norte, dedos de nubes enormes llenan el cielo.

Un cielo grande, imposiblemente grande, un lienzo barrido por el viento, lleno de mensajes de nubes, comentarios de nubes, manifiestos de nubes, veloces y vagabundas, escritos por el viento, dibujados por el viento, este movimiento rápido, fantástico, indescifrable—un lienzo tendido, apretado sobre la Patagonia, tan apretado que parece estar a punto de estallar, de romperse en mil pedazos . . . y a veces lo hace.

*Mirando al norte,
donde un nexo de nubes
se dobla en el agua quieta.*





En noviembre el nivel del lago es muy bajo. Vista al norte hacia Puerto Tranquilo.



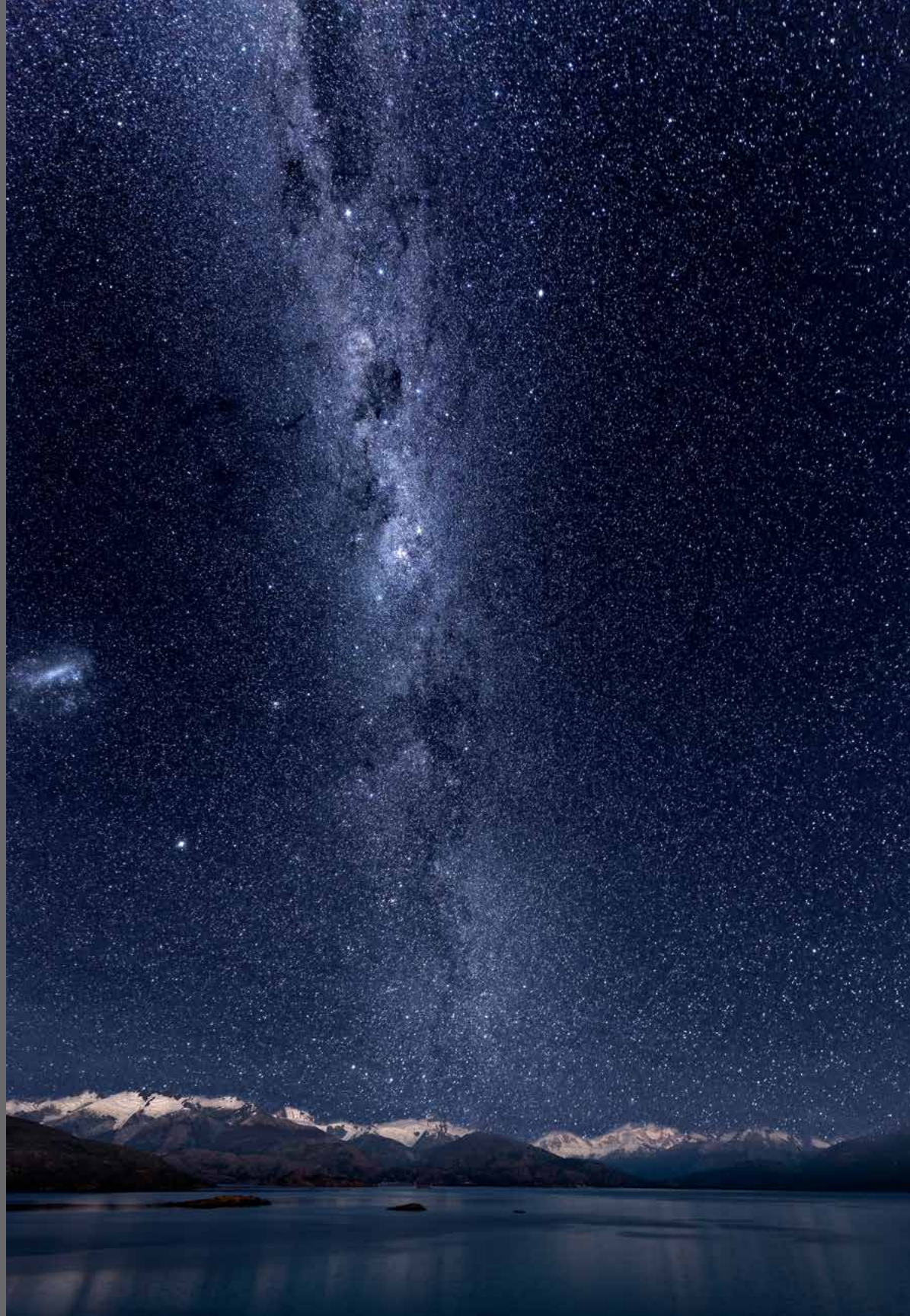
Un cielo 'coliflor' amenazador, vista al noreste.



Bandas de oro de una tarde.



*Nubes lenticulares amontonadas—
¿el tiempo se mejora?
¿o indicio de un temporal?*



*La vía láctea
encima del Campo de Hielo Norte,
en el extremo oeste del lago.*

A G U A P U R A Y T R A N S P A R E N T E



La desembocadura del río Leones en el lago Chelenko.

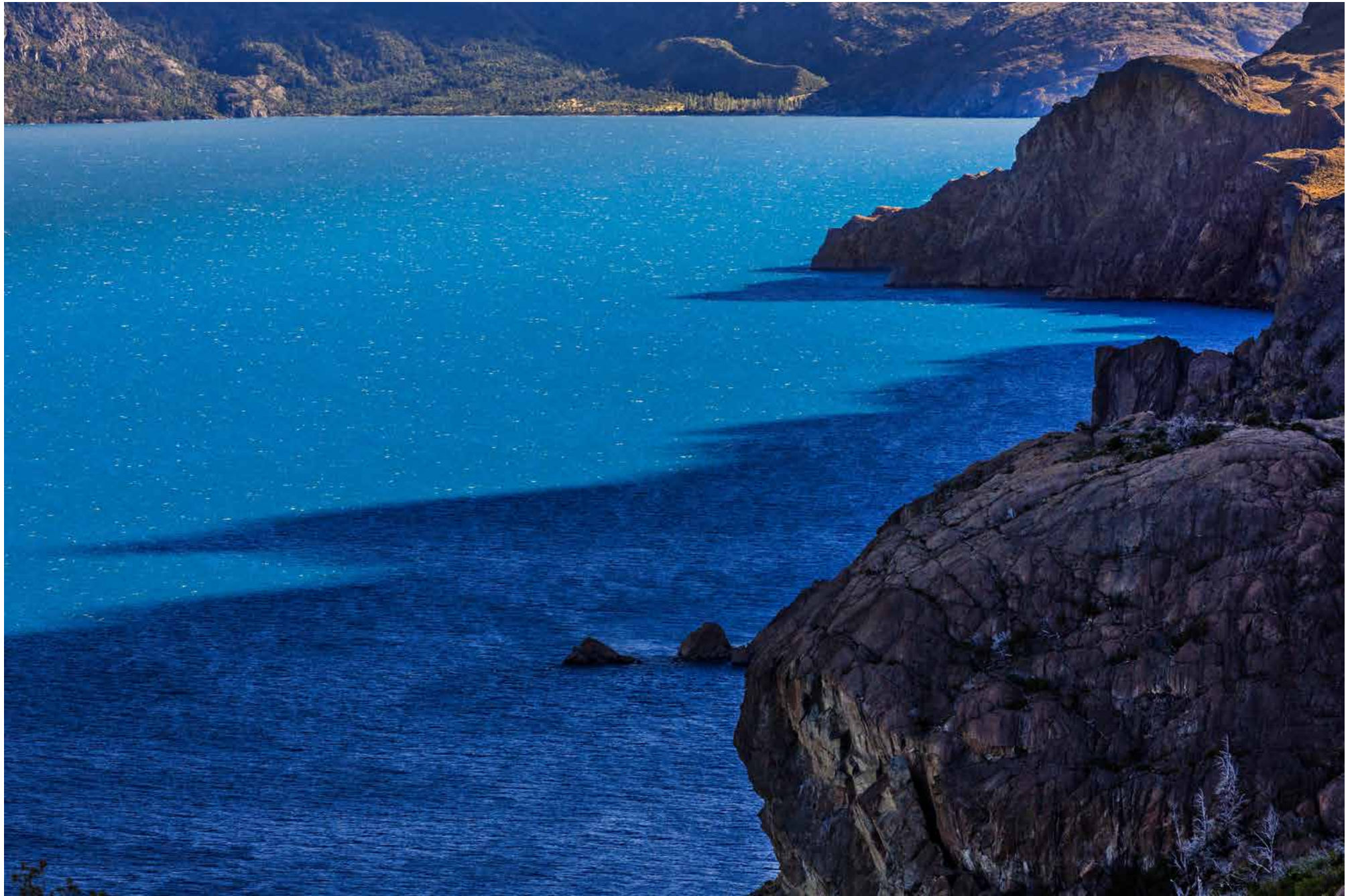
Aún más azul de lo que se ve, aún más pura que su gusto purísimo, aún más profundo de lo que imaginamos, este lago es una historia color turquesa que nunca termina. Por lo menos, así lo esperamos. Hay historias apócrifas también: un laboratorio que afirmó: “Esta agua es demasiado pura para tomarla”. Este lago escapa del sentido común: demasiado lindo para ser cien por ciento natural, sin embargo, lo es. Demasiado azul para creer en la evidencia de nuestras cámaras, de nuestros ojos. Demasiado frío para nadar, en la mayoría del año. Frío con el suspiro de glaciares, con el escalofrío de hielo que se derrite. Cristalino, claro, limpio, y sin polución.



*Vista hacia el norte,
debajo de la meseta Cosmelli.*



Tan liso como cristal, una tarde apacible cerca de Puerto Guadal.



Más turquesa que azul, y las primeras olas blancas, cerca del Paso de las Llaves.



Agua del lago Chelenko – pura, clara, transparente.





Agua poco profunda cerca de la frontera chilena-argentina en la ribera norte.

LA RIBERA DEL LAGO

Playas de andesita, lavadas y formadas por las olas.



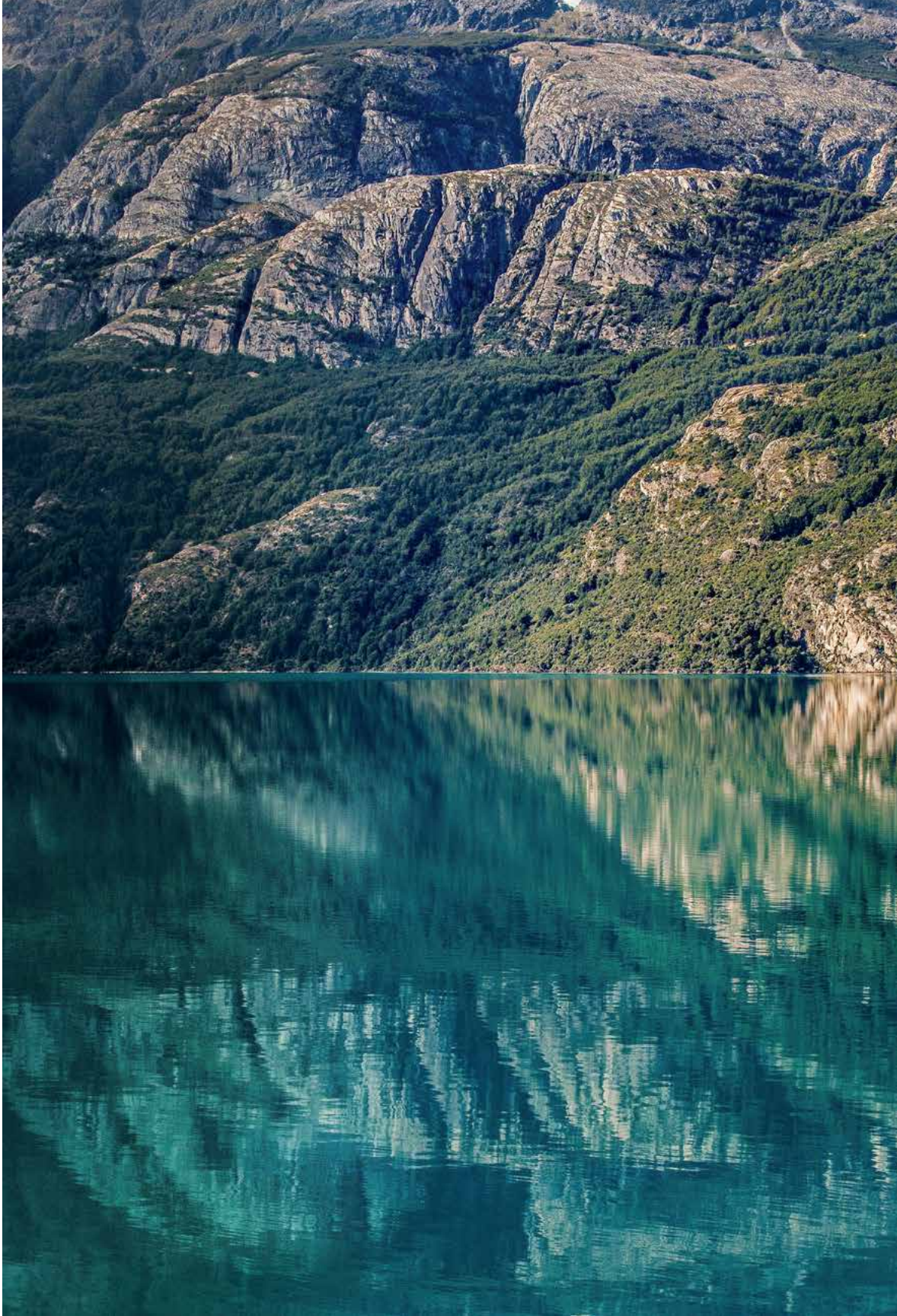
Cientos de riberas, variadas y distintas, desde precipicios abruptos hasta playas mansas, y la gama entre los dos: bahías, caletas, puntillas, penínsulas, peñascos y picos que surgen del agua como explosiones. Ríos trenzados bajan en quebradas sinuosas, saltan por cascadas, se derraman en desembocaduras confusas, tantos dedos mojados buscando el lago. Las olas han trabajado ya por siglos, armadas con puñados de gravilla para raspar y esculpir la ribera en playas de roca surrealistas, como las escamas de dragones, con grietas angostas y paredes sobresalientes.



El extremo oeste del lago en primavera.

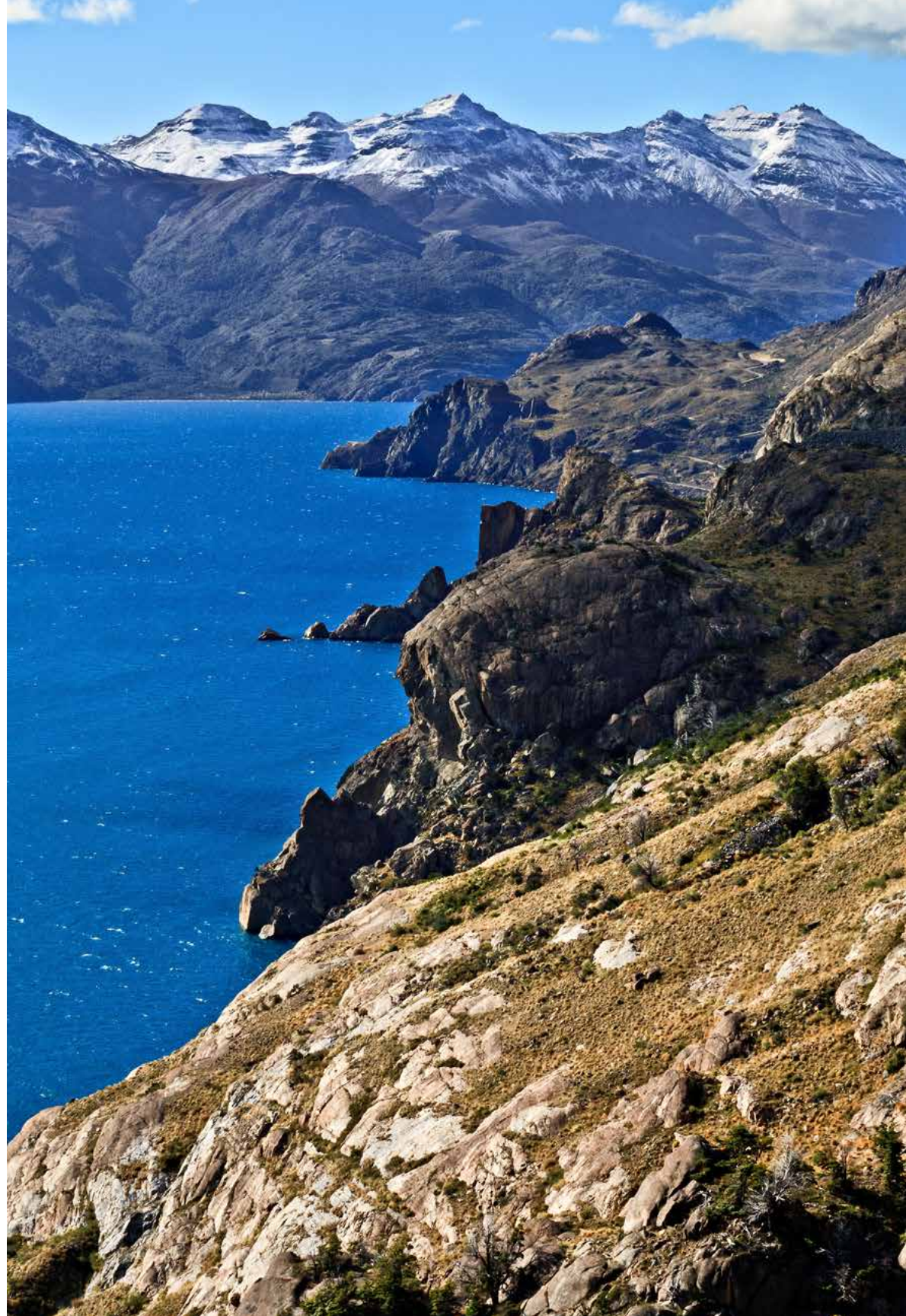


El notro (o ciruelillo) en flor, en la orilla suroeste del lago.



*Acantilados reflejados
al este de Bahía Murta,
en el brazo norte del lago Chelenko.*

*Saliendo de Mallín Grande,
en la ribera sur, rumbo al
Chile Chico y Argentina.*



*Lupinos o “chochos”
en Puerto Guadal,
mirando al noreste
hacia el cordón Cristal.*





Un riachuelo tributario, el pequeño río Maqui, cae en el lago desde el sur.

*Texturas complejas—
playas de andesita cerca del río Maqui,
vista al norte hacia las montañas
encima del valle Exploradores.*





Esculturas en andesita: viento, agua, y olas, a la obra.



*Un peñasco de andesita
en la ribera sur
del lago.*



Calma perfecta, reflejos perfectos, entre Puerto Guadal y Mallín Grande, en la ribera sur del lago.

M E D I O D Í A



Durmiendo al sol, el lago Chelkenko parece tan inocente, tan calmo, como un espejo. Un mundo azul secreto, lejos de la muchedumbre, lejos del estrés. Una invitación a irse a la deriva, a soñar, a extenderse en la hierba y contar las nubes. Un tal lago, uno se dice, nunca podría hundir un barco; sin embargo, lo ha hecho más de una vez. Cuando el viento patagón baja y se transforma en una brisa suave, un inmenso silencio andino deja todo y a todos suspendidos, sin movimiento. El tiempo mismo se detiene. ¿Cuándo se moverá de nuevo? ¿Y nosotros, cuándo nos moveremos?...



La isla Macías, con el cordón Cristal al fondo.



Azul tras azul tras azul.



¿Azul o turquesa? ¿O los dos? Siempre cambiando.



La luz de mediodía pinta las montañas más altas de la Patagonia: el Monte San Valentín y sus cumbres satélites.



Cerro Castillo, una silueta de mediodía vista de una barcaza, cruzando entre Chile Chico y Puerto Ibáñez.

A L R E D E D O R D E L L A G O



Mirando hacia el norte: la isla Macías, y los escarpados al este del Puerto Tranquilo.



¿Cuánto tiempo, cuántos días, se necesitarían para dar la vuelta del lago caminando? ¿O a caballo? En un vehículo, ni pensar. Los caminos, en su mayoría construidos en los años 90, siguen la ribera en algunos lugares, enganchándose a los acantilados vertiginosos—principalmente en la orilla sur, chilena, del lago—y después huyen hacia el interior. Alrededor de este lago, en cada uno de los cuatro puntos de la brújula, se encuentran más de cuatro variedades de paisaje. Un fondo siempre cambiante de montañas, bosques, estepa y pampa. Planísimo y aparentemente sin fin hacia el este. Paredes glaciares abruptas y luminosas al oeste. Al norte, agujas puntiagudas de granito. Y al sur, colinas dominadas por torpes bosques de lenga. Un paisaje tan variado, tan indómito que no parece posible seguir su borde lacustre a pie, aunque se quisiera. Tampoco, llevar una manada de ovejas de un lado del lago al otro como solían hacerlo los primeros colonos.

Desde la ribera sur, cerca del Paso de las Llaves al este de Mallín Grande.



El cordón Jeinimeni, en la orilla sur del lago Chelenko, vista hacia el este.



El flamante rojo otoñal de los bosques de lenga encima del Mallín Colorado, en el extremo oeste del lago.



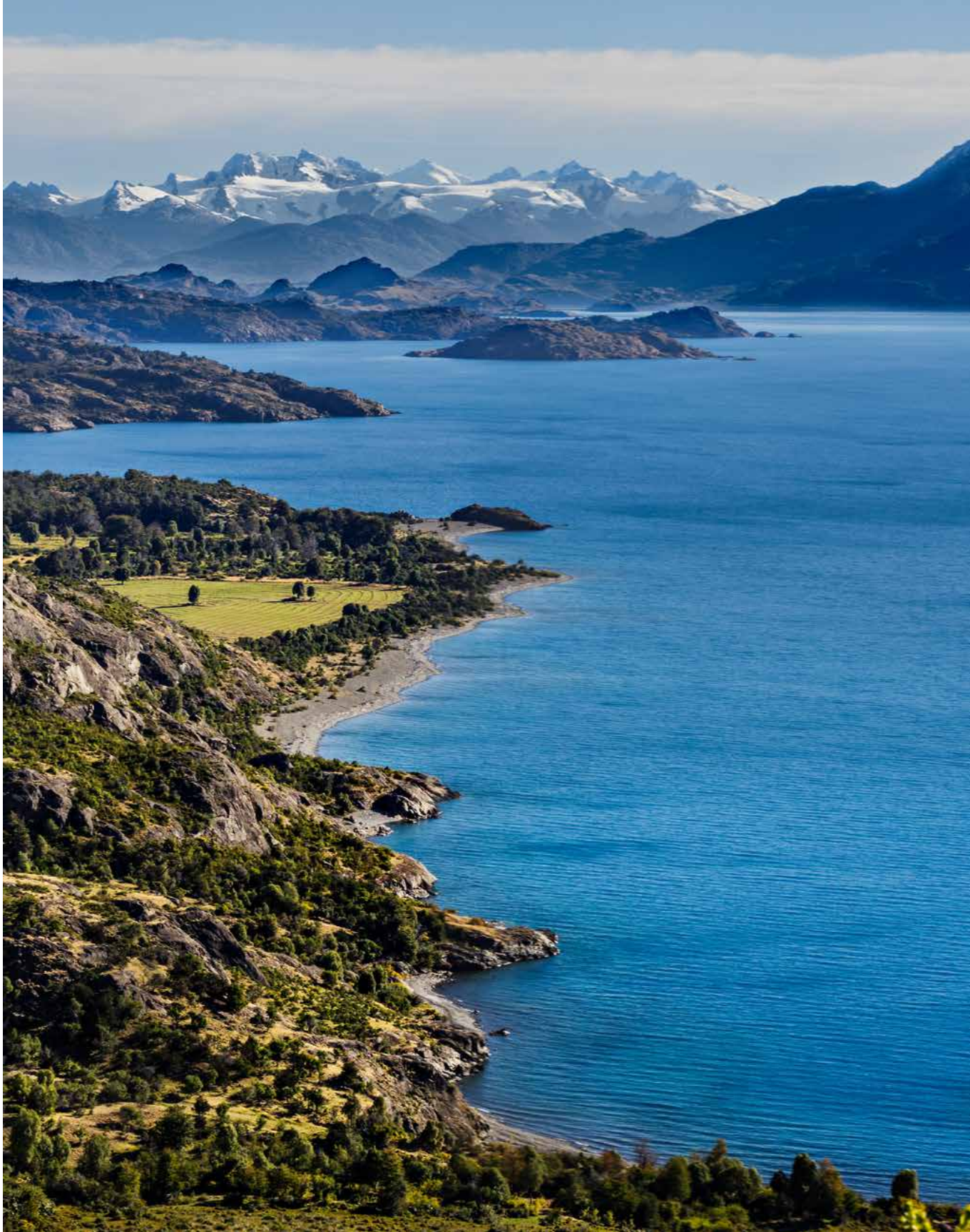
Oteros erosionados en la ribera norte del lago.



Una ribera bien distinta, aquí en la isla Macías.



Un collar de nubes adorna los picachos rocosos del cordón Jeinimeni, en la orilla sur del lago.



*Mirando oeste-noroeste,
a lo largo de las caletas pedregosas
cerca de Mallín Grande,
en la ribera sur.*



En la mitad este, el lado argentino del lago, el terreno se ve más abierto, más plano, y las vistas se extienden sin fin.



Peñascos áridos en la ribera norte, cerca de Puerto Ibáñez.



Puerto Ibáñez en la ribera norte, muy cerca de la frontera con Argentina, con Cerro Castillo al fondo.



La luz de la tarde dora la orilla norte del lago, inmediatamente debajo y al este del cordón Cristal.



El otoño llega a una mesa lacustre, a medio camino entre Puerto Guadal y Mallín Grande.



Una isla chica, que gran parte del año es una península, cerca de Puerto Tranquilo en la ribera suroeste del lago.



Mirando hacia el Paso de las Llaves y Argentina, desde la ribera noroeste del lago.



El salto del río Ibáñez, cerca del Levicán, en la ribera norte.



La cascada Maqui, en la orilla suroeste del lago



Del otro lado de la frontera, en Argentina, en la ribera norte del lago Chelenko.

R O D E A D O D E C U M B R E S



Una vista de islas, penínsulas y picos, mirando al norte cerca de Mallín Grande.

Una falange de picachos, cerros sin fin, codo con codo, rango tras rango, ordenados encima del lago como guardias de nieve, de hielo, y de roca. ¿Y qué guarda, qué defiende este gran cerco de montañas? Quizá solo mantenían el mundo a distancia, por un tiempo, por unas generaciones. Este aislamiento es más bien un regalo que una contrariedad. Las montañas ya hicieron su parte. Tal vez podamos mantenerlo así—



El cordón Contreras al atardecer.



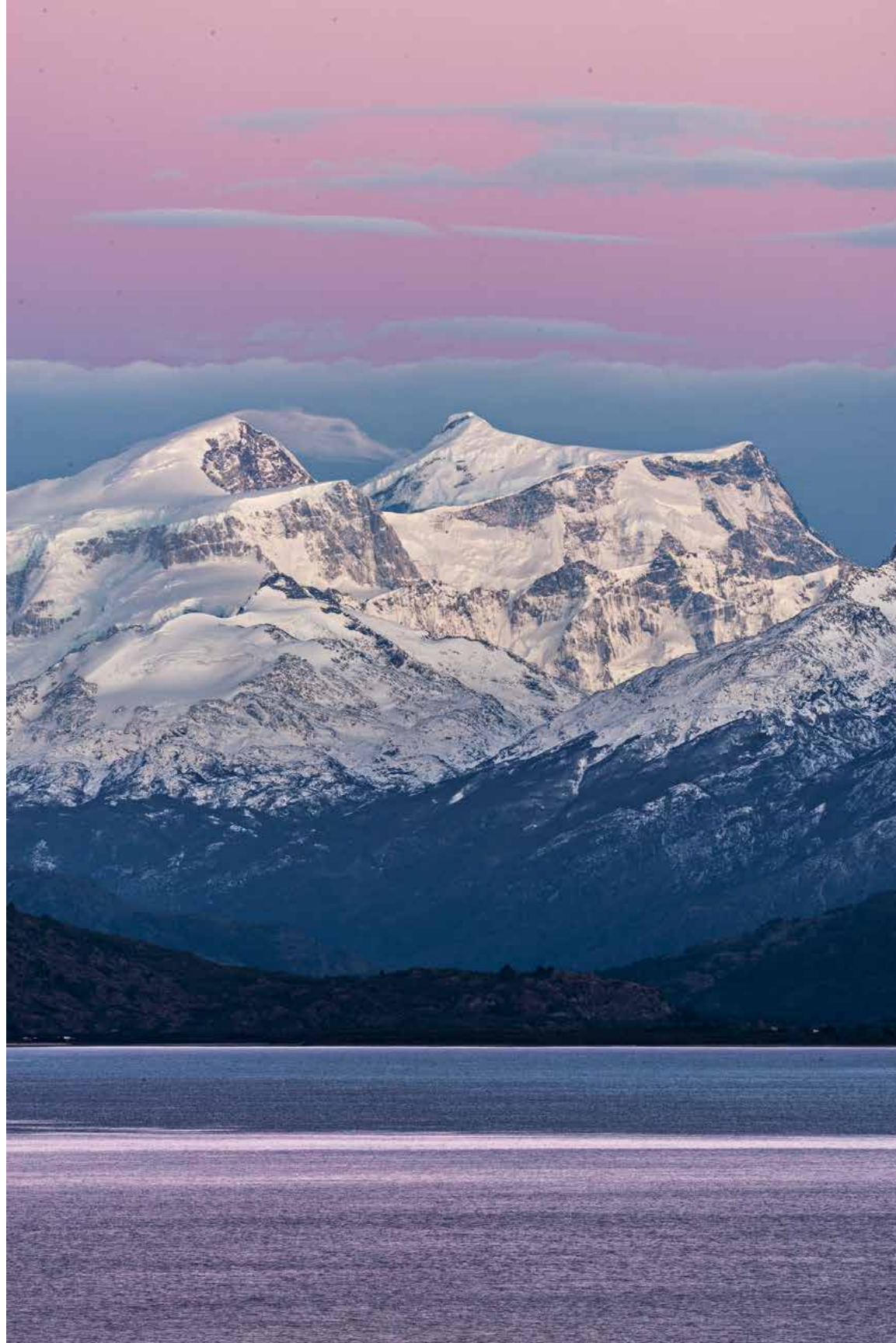
El cordón Jeinimeni en primavera.



El cordón Jeinimeni en los últimos días del otoño.



El Pirámide cerca de Chile Chico.



*Monte San Valentín, la cumbre
más alta de la Patagonia,
en el extremo oeste del lago.*



El Fiero, en el extremo oeste del lago Chelkeno.

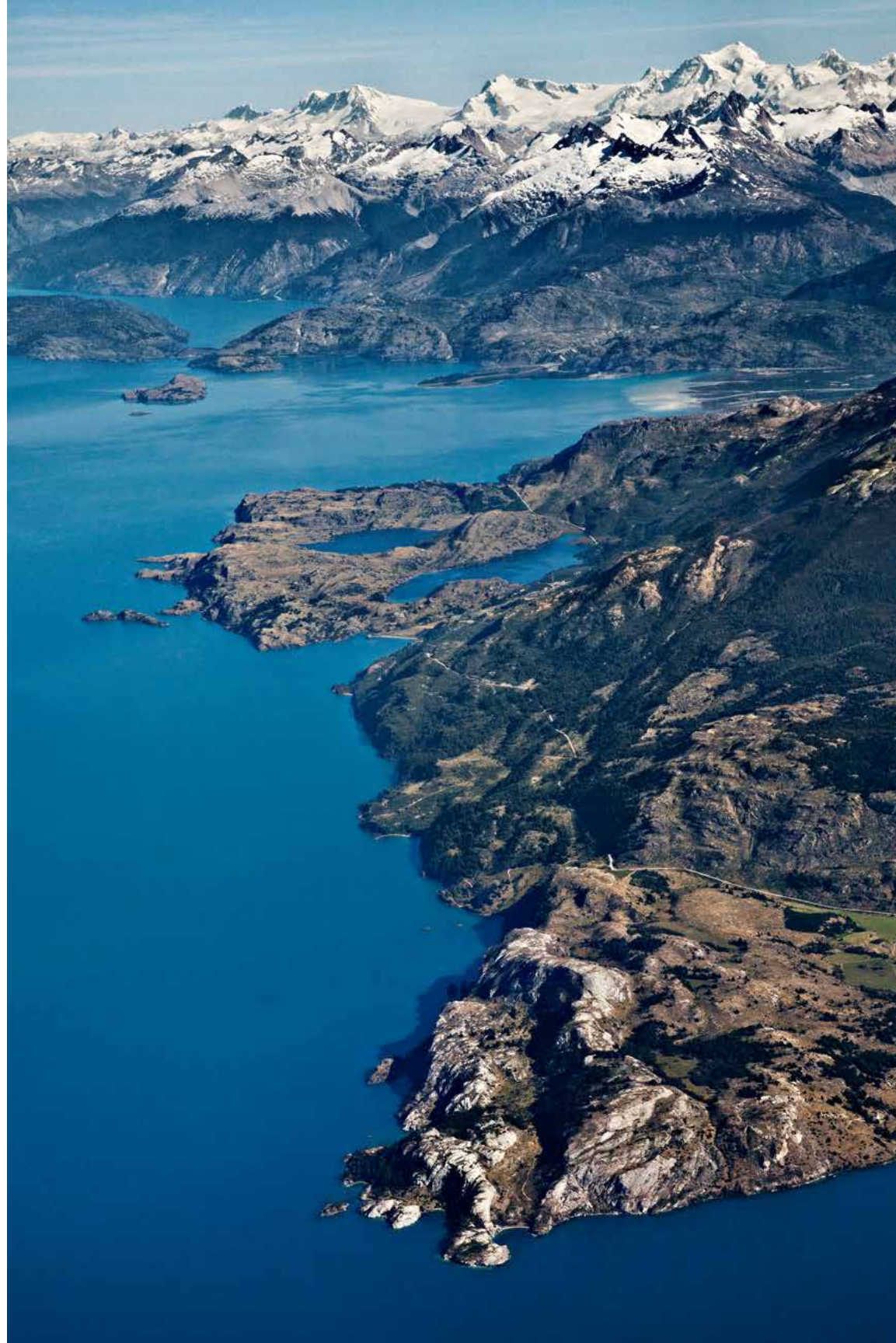
U N A F A N T A S Í A D E M Á R M O L



En la Catedral de Mármol, cerca de Puerto Tranquilo.

Entre todas las caras fantásticas del lago Chelkeno, las más extrañas y las más lindas son las formaciones casi surrealistas de mármol que surgen del agua turquesa en una línea irregular norte-sur desde Puerto Sanchez a Puerto Tranquilo hasta Puerto Guadal. Estas fantasías de mármol ejercen un atractivo magnético sobre quienes visitan el lago Chelkeno. La “Catedral de Mármol”, la “Capilla de Mármol”, y todo lo demás, son simplemente tesoros. Por eso el gobierno chileno los ha nombrado “Santuario de la Naturaleza”. Van más allá de la belleza.

*Una península de mármol
cerca de Puerto Tranquilo
en la ribera norte del lago.
Aquí se encuentran las más
espectaculares formaciones
de mármol.*





En la Catedral de Mármol, cerca del Puerto Tranquilo.



En la Catedral de Mármol.



Una formación de mármol en la isla Panicini.



Formaciones de mármol cerca de Puerto Tranquilo.



La Catedral de Mármol vista del interior de la Capilla de Mármol, cerca de Puerto Tranquilo.



En el interior de la Catedral de Mármol.



Peñascos de mármol en la isla Panicini cerca de Puerto Sanchez.

TEMPORALES DE UNA TARDE

Lago de muchos humores, de muchas disposiciones, mañanas sin un soplo de viento, cielos clarísimos y rebosantes de luz, de repente se pone bravo, lleno de nubes, gris oscuro, vientos fieros, cielos furiosos reflejados en el agua furiosa. Temporales cargados en el cielo se derraman después sobre el lago. Podemos ver olas blancas a distancia, a kilómetros de distancia, que se dirigen directamente hacia nosotros. ¡Ojo! En diez minutos va a llover, escupir, aullar... Pero solo habrá viento y olas, y a veces nevisca, nunca truenos, nunca relámpagos. Tiempo mercurial, cambiante, imprevisible. Temporales que desaparecen tan rápidamente como aparecen.



Los temporales juegotean con este lago, lo atraviesan en un abrir y cerrar de ojos, esconden todas las cumbres, todos los hitos, crean su propia geografía, su propia topografía, sin nombres, sin direcciones de brújula. Vamos a mirar solamente. . .











A T A R D E C E R



No es extraño que los más grandes despliegues de color en la puesta de sol ocurran al fondo oeste del lago, con esta vista de la cadena de glaciares y picachos nevados que delimitan el borde del Campo de Hielo Norte.

Fue un día largo. Lo son siempre en el lago Chelenko, largos y llenos de sorpresas. Rendido por tanta belleza, uno quiere pararse, sentarse, sorber un pisco sour mientras las cumbres del Campo de Hielo, al poniente, echan sus enormes sombras a través del agua. No esta noche. No se termina hasta el último momento. Este espectáculo de luz del extremo sur aumenta su presencia, su poder, aumenta sus colores después que el sol desaparece bajo el horizonte. Los atardeceres del lago Chelenko son regalos no merecidos, regalos que el lago nos ofrece noche tras noche. Parado en una puntilla encima del agua, ojos bien abiertos, pero sin palabras, se aguarda la llegada de la noche, esperando que nunca llegue. Esperando que este lago sea eterno.















E P Í L O G O

QUÉ SUERTE haber llegado a este lago, a este lugar en este momento. Cuando a menudo el ruido más fuerte es el viento, cuando la mirada atraviesa tanto espacio de agua prístina, limpia, pura, tantos kilómetros de agua, del oeste al este, sin ver una luz de noche, ni una barca de día, ni un balneario, ni los jet-skis, ni los esquíes acuáticos, ni una jaula de salmón. Solo silencio. Solo belleza.

La belleza es siempre suficiente. Pero a veces parece que la belleza no alcanza para todos en este extraño mundo moderno que hemos creado, donde pocos tienen demasiado, y muchos no tienen lo que realmente necesitan. Todos necesitamos la belleza, reconozcámoslo o no. Este lago, el lago Chelenko, la regala. Y no tuvimos que ganárnosla. Por lo menos hasta ahora.

Necesitamos la belleza, el misterio, la calma que este lago nos ofrece libremente. Y también

necesitamos agua. Todo el mundo, las comunidades, las sociedades, los países, necesitan agua. “Agua es vida”, enseña monseñor Luis Infanti, el obispo de Aysén, una voz importante en favor de la restauración de los derechos de agua que Chile y los chilenos han perdido durante la dictadura de Pinochet. Tiene razón. Pero para ciertos intereses, agua quiere decir plata y poder, poder eléctrico y poder político, palabras código para codicia y crecimiento. Palabras código para apuro.

El agua del lago Chelenko es tan preciosa como el lago mismo, como sus alrededores, su cuenca entera, su luz cambiante y extraña, su tiempo indómito, y el collar brillante de cumbres y ventisqueros que lo rodea. Nunca habíamos visto un lago como éste. Tan especial. Y que vale tanto la pena protegerlo.

Chelenko, el lago donde nacen los arco iris.



C H E L E N K O

L A S M I L Y U N A C A R A S D E U N L A G O P A T A G Ó N I C O

está publicado por Western Eye Press

Box 1008, Sedona AZ 86339 USA

Fotos ©2014 Linde Waidhofer

Texto ©2014 Lito Tejada-Flores

Traducción al español Paula Christensen

Todas las fotos sin excepción fueron sacadas desde o cerca de las orillas de este lago prodigioso que nosotros, y muchos otros, llamamos lago Chelenko (pero que aparece en los mapas de Chile y Argentina como lago General Carrera y lago Buenos Aires) o fueron sacadas de una avioneta sobrevolando el lago.

Esta edición electrónica, o eBook, de *Chelenko, las Mil y Una*

Caras de un Lago Patagónico, está disponible gratis en

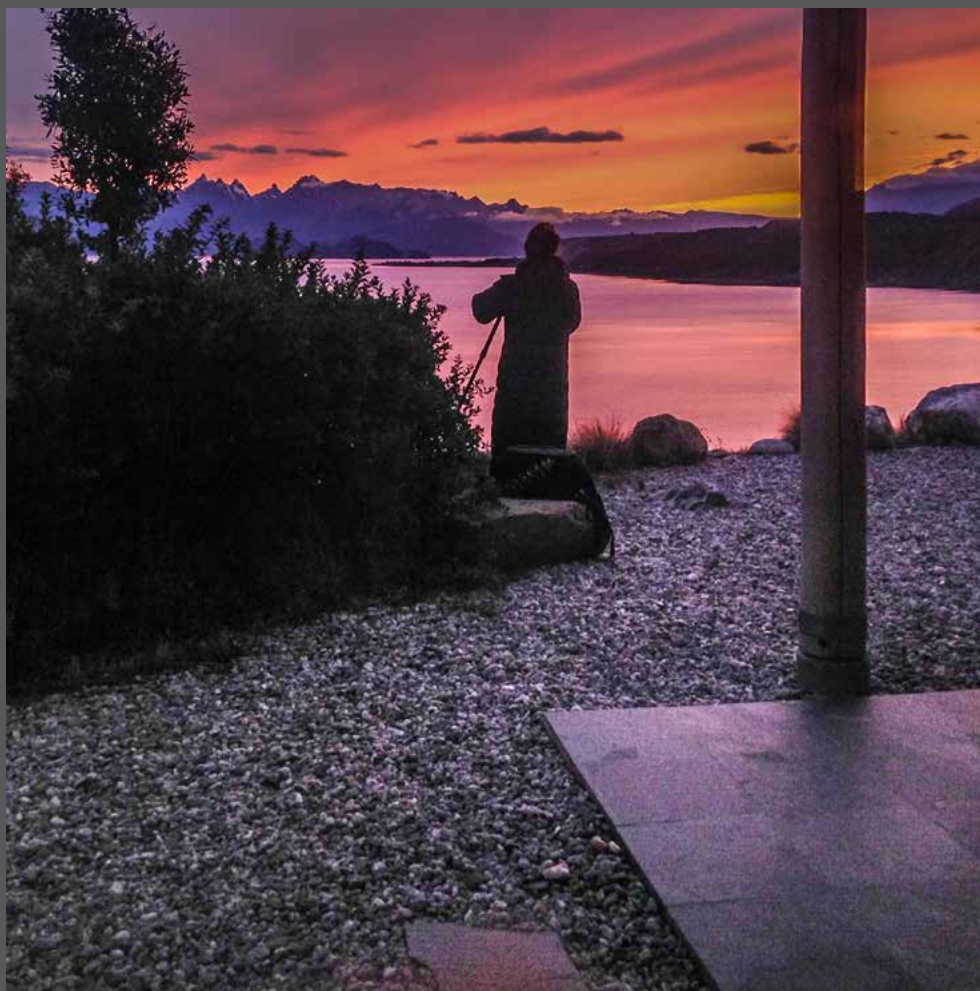
www.WesternEyePress.com

en dos versiones, inglés o español. Estamos preparando también un libro impreso, de gran formato, con textos bilingües.

Se pueden comprar ampliaciones, hechas por la fotógrafa, de todas las imágenes de este libro, por internet en el sitio web de Linde Waidhofer

www.WesternEye.com

Desde el 2002, Linde pasa aproximadamente seis meses cada año, en el lago Chelenko y sus alrededores. De la casa que ella y su marido, Lito Tejada-Flores, construyeron sobre una puntilla de mármol cerca de Puerto Guadal, Linde ha explorado casi cada rincón de este lago único, siempre con sus cámaras listas, siempre despertándose antes del amanecer en busca de nuevas imágenes, siempre esperando con paciencia para captar las últimas brasas incandescentes del largo día austral. No hay otro lago como el lago Chelenko. El lago no tiene rivales en el corazón de esta fotógrafa.



Linde Waidhofer fotografiando.

ENVIO

Si usted está mirando este libro en cualquier pantalla de computadora, puede cerrar el libro presionando las teclas Command+W en un Mac, o las teclas Control+W en un PC..

Pero en un iPad, dé un golpecito al centro de la pantalla para poder volver a su colección de libros electrónicos.

A Linde le gustaría recibir sus reacciones y/o comentarios sobre éste, y otros de sus libros de fotos.

Puede escribir a Linde a

lindew@westerneye.com